

Plica: **Chica**
Categoría del concurso: **Adultos / Superior**
Título: **Una biografía: Guido, todo un tanguero de alma**

Prólogo

Hace más de diez años conocí a un hombre llamado Guido. Fue mi primer profesor de tango y con él, descubrí no solamente una danza sino también la lengua española que en primer lugar me permitió entender las letras de los tangos y así mismo me dio el acceso a la cultura española.

Fue el macho más simpático que jamás hubiera conocido. A veces me confesaba con modestia que era de una familia muy sencilla y que no había ido a la escuela mucho tiempo ni siquiera a una universidad. Sin embargo se portaba siempre como una persona segura de si misma que se movía con elegancia y cortesía en el mundo.

No le faltaba humor ni siquiera ironía en si mismo de manera que todas las mujeres estimaban en mucho no solamente sus talentos de tanguero sino también su compañía muy divertida y sus valores humanos. Era del todo un caballero.

Un año antes de su muerte le invitaron a la gran sinagoga de Berlín y leyeron su biografía en público, exponiéndola como un ejemplo de una vida judía en dicha ciudad. Es así que descubrí las increíbles peripecias de su vida. Me quedé boquiabierta y me di cuenta de que Guido tenía de verdad una biografía excepcional.

Berlín

Fue en 1933 cuando nació en Berlín en una familia judía y por aquel entonces todavía se llamaba Günter. Creció con su hermano Henri en la calle Immanuel-Kirch en el barrio Prenzlauerberg. Junto a su tío, su padre poseía un pequeño taller donde producían botones para abrigos y chaquetas. Con ese negocio no se podía ganar mucho dinero pero era suficiente para sustentar a las dos familias.

Günter tenía solamente cinco años pero se acordaba muy bien de aquel día del año 1938 en el que, a las cinco de la madrugada, dos hombres de la policía vinieron para llevarse a su padre, quien como muchos otros judíos fue arrestado y deportado al campo de concentración de

Buchenwald cerca de Weimar.

Su madre era protestante y una mujer que dirigía la familia de manera muy enérgica. Tenía un carácter fuerte y cuando quería lograr algo no dejaba de luchar. Así fue como llegó a enterarse de dónde había sido internado su marido y logró su liberación del campo. En aquella época esta liberación fue verdaderamente algo extraordinario aún cuando existía una condición: él tenía que salir ya mismo del país. En aquel tiempo, los judíos que tenían dinero, podían emigrar a China o a Bolivia. Aunque la situación financiera de la familia era muy precaria, la madre de Guido, cuya familia tenía un poco de dinero, consiguió comprar un pasaje para que su marido se fuera a Bolivia en 1938. Ya que el dinero no bastaba para toda la familia, ella se quedó con los dos hijos en Berlín, esperando una solución muy rápida para remediar esta situación sin sospechar que estaba a punto de declararse una guerra.

Además, no contaba con un otro problema: dado que estaba casada con un judío, tenía que escoger una de dos opciones: el divorcio o la emigración. Para ella un divorcio era impensable. Así que no pudo más que salir del país con los dos hijos y buscar a su marido del que no tenía ninguna noticia.

De nuevo se las arregló para conseguir dinero suficiente y comprar tres pasajes para Chile. Se embarcaron en Hamburgo. Y tras cinco días de travesía muy agitada, justo cuando estaban a punto de alcanzar el canal de Panamá, los pasajeros se llevaron un susto tremendo al enterarse que acaban de declarar la segunda guerra mundial.

El barco tuvo que volver a Alemania.

Fue una época muy difícil, un revés de fortuna suplementario para una mujer sola con dos niños que ya no tenía nada en su país, ni dinero, ni siquiera alojamiento. Se volvieron a Berlín donde Günter y Henri pasaron unos meses en un hogar para niños judíos en el barrio de Grunewald mientras que su madre no dejaba de pensar en cómo organizar el viaje para América del Sur y reunirse con su marido. Gracias a la bondad y a la comprensión de unos amigos pudo juntar el dinero para embarcarse con sus hijos en Génova en „ El Oracio“. Pero el viaje para llegar a la costa mediterránea resultó ser una odisea que hizo que tuvieran mucho retraso y no llegaran a tiempo para embarcar. ¡Por suerte perdieron ese barco que se quemó totalmente unas horas

después de la salida del puerto con casi todos los pasajeros! No obstante consiguieron embarcar en el barco siguiente „El Virgilio“ que los llevó hasta Chile y finalmente llegaron en tren a Bolivia donde vivía el jefe de la familia.

¿Pero dónde?

América del sur

Ya no existía contacto con el hombre que no creía que su esposa llegara a encontrarle en un país tan lejano. Así que había empezado a reconstruir su vida con otra mujer. Es que no contaba con la perseverancia de su esposa que logró descubrir la huella de su marido en la capital.

Sin embargo, reconociendo sus obligaciones paternas, se separó de su compañera para vivir con su familia: En primer lugar, en La Paz y después en Cochabamba donde los hijos, llamados en adelante Guido y Enrico, frecuentaron la escuela judía. Pero no fue un tiempo muy feliz para los niños que tenían que arreglárselas solos. De hecho, los padres trabajaban sin descanso. Aun así y todo la situación financiera de la familia era desastrosa y Guido me dijo que retrospectivamente tenía la impresión que en aquella época de su infancia creció sin padres.

A finales de la segunda guerra mundial, la vida de la familia cambió totalmente cuando su padre, como judío, obtuvo una indemnización de guerra. Como quería ganar rápidamente mucho dinero, no invirtió en un pequeño negocio aceptable sino en un gran casino y un burdel, con los que quería llegar a tener una gran fortuna... Toda la gente importante de la ciudad como políticos, ministros pero también evidentemente las prostitutas, frecuentaban la casa de la familia y a Guido esta vida cotidiana le parecía normal.

Con 12 años tuvo sus primeras experiencias sexuales con mujeres de edades diferentes. A él le parecía que su padre era un hombre muy importante que poseía armas de fuego y coches grandes . Es así que, como su hermano Enrico, no aceptó mudarse con su madre, cuando ella, estando harta de vivir con un macho que la engañaba y que se gastaba todo el dinero, decidió separarse de su marido. Ella obtuvo el divorcio en 1946 y mientras que sus hijos se quedaron con el padre, volvió a Alemania.

Guido me confesó que, en esa etapa de su vida, fue un milagro que no se convirtiera en un

criminal.

Por suerte, en el año 1946 su padre decidió salir del país para vivir en Argentina donde esperaba mejorar sus condiciones de trabajo. Entonces, se mudaron a Buenos Aires en 1948, donde Guido no solamente empezó a hacer una formación de peletero sino a bailar tango en sus horas de ocio. En una milonga, es así como se llama el lugar donde se baila tango, conoció en 1951 a la mujer de su vida Nelly. Ya era un bailarín excepcional y a ella le había llamado la atención su buen estilo de tanguero así que acabó por responder a sus miradas que en el mundo del tango tienen lugar por códigos para sacar a bailar.

No se separaron desde aquel primer tango hasta la muerte de Nelly. Después del nacimiento de René, el menor de sus hijos, se casaron en el año 1957. Orlando ya había nacido en 1954, Monica en 1955 y, un año después Marcello. A todos los bautizaron según la religión católica. Súbitamente, Nelly murió de un fallo cardíaco en el año 1962.

Guido había interrumpido los contactos con su padre que vivía en el entorno criminal de B.A. Pero seguía carteándose con su madre en Alemania. Ella había vuelto a Berlín donde había encontrado un trabajo como vendedora en la tienda de los amigos fieles de la familia. Guido decidió volver con sus hijos a Alemania, donde su madre los esperaba con la alegría de volver a ver a su hijo y de conocer a sus nietos.

Volver a Berlín

Llegaron a Berlín el 2 de noviembre de 1962.

La madre de Guido dejó su puesto de trabajo para cuidar a los cuatro niños mientras que Guido empezó a trabajar como peletero en la empresa de confección Wolff en el Kurfürstendamm.

Después de 11 años en esa empresa, quiso mejorar las condiciones de vida de su familia y, en el año 1973, se estableció por su cuenta y abrió una tienda en la calle Xanten. Por fin se sintió independiente y fue también en ese año cuando conoció a su segunda esposa Bärbel, que acababa de cumplir 18 años y que trabajaba como peluquera.

«Era una etapa relativamente feliz y armoniosa en mi vida» me contó Guido. «Bärbel y los niños se llevaban muy bien, con mi peletería ganaba mucho dinero y poseía un coche grande con el que

podíamos ir todos juntos de vacaciones.»

Pero ya en el año 1984, por razones éticas, empezaron los problemas con el comercio de la piel: la mano de obra en este sector se vio en dificultades de manera que Guido tuvo que mejorar su sueldo. Al inicio, su esposa le echó una mano para vender bolsas y cinturones de cuero en el mercadillo semanal y después, en 1994, tuvo que trabajar como cajera de supermercado. Pero ya era demasiado tarde para salvar la empresa y a Guido no le quedó más remedio que declararse en bancarrota.

« ¿Quizás, saldrá un poco de mi padre?» dijo Guido con una sonrisa maliciosa.

Dos años después, Bärbel se separó de Guido.

Él tenía 62 años y estaba ante una crisis muy grave: se sentía como un anciano abandonado, sin mujer, sin trabajo, sin dinero. Sus hijos ya eran todos adultos independientes y no sabía qué hacer con su vida. Por suerte se dio cuenta de que sin ayuda no podía salir de esa depresión. Había oído decir que existía un grupo de ayuda mutua en su barrio. Allí se juntaba la gente que, como él, se había divorciado recientemente. Pero, al contrario de los demás que se sentían aliviados después de las reuniones, Guido se sintió un marginado en el grupo que le tildaba de „macho“.

Renacer con el tango

Un día, una mujer del grupo le contó de un curso de tango argentino en la universidad:

« Como macho argentino, ¿no te apetece bailar tango?»

Y así fue como, en 1996, empezó su segunda carrera de tanguero. Aunque no supiera más ningún paso, el profesor se dio cuenta de que él ya había bailado tango. Entonces Guido abandonó rápidamente el curso dónde se aburría para frecuentar las milongas de la ciudad. De repente fue conocido como uno de los mejores tangueros de Berlín abrazando todas las tangueras de todas edades. No tuvo tiempo de quedarse soltero.

¡Fue la mejor terapia del mundo!

Como ya lo he dicho, era todo un caballero. Vestía un traje oscuro con corbata y sacaba a bailar a todas las mujeres sin hacer distinción. De hecho, cuando veía en una milonga a una mujer que se quedaba mucho tiempo sola, sentada en su silla, la sacaba a bailar, tanto si ella era bien parecida

o no, muy joven o anciana, o lo que es más importante, si era una buena danzarina o no.

Finalmente abrió una milonga dónde enseñó con éxito el tango argentino y así conoció a mucha gente diferente de todas las capas sociales: académicos, intelectuales como obreros, etc., pero todos enamorados del tango. Para él fue una experiencia muy importante de la que estaba muy orgulloso. Era una confirmación.

« Para tener éxito en la sociedad, no necesitamos mucho dinero, armas de fuego y gran coches como lo creía mi padre, ni necesitamos estudiar mucho. ¡Mira, chica! Nunca he tenido tantas mujeres hermosas en los brazos como hoy aunque sea mayor. Nunca he frecuentado una escuela de baile. Todo lo que sé, lo he aprendido observando a los otros. Bailo como la gente en Argentina. Lo más importante es saber andar, andar bien.»

Con sus alumnos hablaba de la fascinación del tango y un día, una tanguera le dijo:

« No puedo decir por qué no puedo dejar de bailar tango. Es como una droga. ¿qué puede ser tan fascinante? ¿La música? ¿Aventurarse a moverse al ritmo con una persona desconocida? ¿Gozar en un breve momento de vida íntima bajo el anonimato?»

« El tango es todo... ¡ y más! » añadió Guido.

Epílogo

En el verano de 2008 se enteró de que tenía cáncer del páncreas. No quiso pasar por una operación, ni quedarse en un hospital. Dijo que con 75 años no era necesario vivir más tiempo.

«Estoy contento con mi vida. La época en el exilio fue muy turbulenta. ¿Pero quién puede decir cómo habría sido mi vida si mi familia se hubiera quedado en Berlín? También habríamos podido morir en un campo de concentración.»

«Además durante mi vida de tanguero he conocido a mucha gente que me ha dado mucho, pero creo que yo también les he devuelto algo. Es que el tango no solamente se baila, sino que se vive. He bailado entonces he vivido.»

Murió el 9 de noviembre de 2008, un lunes. El miércoles de la semana anterior todavía bailó en su milonga.